

Serrat

Víctor Pliego

FIEL a sí mismo, Joan Manuel Serrat ha vuelto a poner música a los poemas de Miguel Hernández y sale airoso de la difícil empresa. Fruto de este radiante reencuentro, motivado por el centenario del nacimiento del poeta, ha sido el disco titulado “Hijo de la luz y de la sombra”, un trabajo exquisito donde la música y la poesía se abrazan, se entienden y se asisten. Cuando canta, Serrat dice cosas, y cuando habla parece que tararea. Mima tanto las palabras como las melodías, los arreglos y todos los detalles de la producción. Símbolo de una época y de una generación (a estas alturas ya abuelos), conserva toda su lucidez, sin que el éxito ni la fama le embriaguen.

Serrat sirve al arte y a su público con una profesionalidad y una humildad admirables. Lo pudimos comprobar en persona, en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. “Es un concierto cerrado”, advirtió el artista, “dedicado a Miguel Hernández”. Disculpó así la ausencia de sus grandes y solicitados éxitos. En este recital sumo las creaciones más recientes con las de 1972, basadas en el mismo poeta. Cantó y recitó algunos versos en un encuentro intimista, perfectamente equilibrado, rebosante de buen gusto, sencillez y criterio. Las canciones se acompañan de vídeos realizados por Isabel Coixet, Bigas Luna, Manuel Hueriga, Moncho Armendáriz, Javier Mariscal y otros creadores. La veterana audiencia aplaudió emocionada.

Hubo una ovación especialmente cerrada tras escuchar “Para la libertad”, acompañada por imágenes de la Transición. Aún quedan muchos (aunque estén mayores) que creen en las utopías, que sueñan con la libertad, que sienten las músicas, los versos y las palabras. Serrat es un fenómeno que mantiene encendida esa llama.